

¡CRISTINA,CRISTINA MUJER DE AGUAS CRISTALINAS!

1º DÍA

El chirriar de la puerta anunció la entrada de un rayo de luz en la gran sala de la residencia. El rayo, esculpido por las formas de una joven llamada Ana Cristina, de un golpe de vista quebró su esperanza. El espectáculo que se representaba en la sala estaba protagonizado por actores vestidos con el halo de la fatalidad. La mayoría de ellos eran muñecos de carne postrados en sillas de ruedas estáticas.

“¡Vip,vip! ¡Vip,vip!” se dirigió hacia ella un joven que rellenaba el hueco de una esquina. “¡Vip,vip! ¡ Vip,vip!” Ante el segundo saludo a Cristina se le escapó una lágrima redonda que bañó su sonrisa de sal. De repente de la otra esquina se dirigió hacia ella, envuelto en una velocidad endiablada, un hombre maduro con aires de galán: “Avelino García, para servirla” Y una gran mano generosa estrechó la suya.

2ºDÍA

Cristina llegó en su segundo día de trabajo a la residencia. Después del día anterior en el que había tenido lugar la presentación, llegaba el tiempo de comenzar su labor. La primera hora de la mañana todavía había cogido a los enfermos tendidos en la cama, durmiendo en su sueño eterno. Junto a

otra educadora que le enseñaba lo que tenía que hacer, comenzaron a ponerlos en grúas que los desplazaban de sus camas a las enormes bañeras. Como dos operarias de una gran obra, una gran obra de misericordia, manejaban las grúas con suma delicadeza para que los cuerpos no sufrieran desplazamientos bruscos. La visión de esos muñones de carne, aparentemente sin vida, sumieron a Cristina en una desesperanza aún mayor que la del día anterior. Cuando llegó a su casa, tras finalizar la jornada , se tendió en la cama, hundida por el dolor, y se enroscó en posición fetal, como si fuese una niña indefensa ante la crueldad de la vida.

3ºDÍA

Sonó el despertador y la joven se levantó llena de temor. El día se presentaba duro. Cogió el coche y se encaminó al trabajo. Por la carretera los coches la adelantaban tan veloces como sus pensamientos. Por fin llegó a la residencia y entró en la sala que le habían asignado. Una chica joven comenzó a gritar de forma desesperada: “¡Coco,coco! ¡coco,coco!” Cristina no sabía qué significaba aquella palabra y se sentía impotente por no poder ayudarla . Cuando quiso preguntar a alguna educadora qué quería la enferma, se dio cuenta que estaba sola. “¡Coco,coco! ¡coco,coco!” seguía gritando la muchacha , dirigiéndole una mirada de súplica. Cristina sacó unas galletas. ¿ Acaso “coco, coco” significaba galletas?. No. Sacó un vaso

de agua. Tampoco. ¿Quizás “coco, coco” eran unos preciosos zapatos que estaban al lado de una mesa?. No. La enferma le cogió la mano de forma ansiosa y la llevó fuera de la sala hasta llegar a otra en la que había un armario lleno de ropa. “Coco,coco” rondaba por la mente de Cristina. ¿Sería un pantalón? ¿Acaso una falda?. Cogía las prendas rápidamente y con la misma rapidez se las iba mostrando hasta que por fin dio con una chaqueta. La enferma, al verla ,se le estiró una sonrisa y la agarró como pudo. Ana se la fue poniendo con sumo cuidado, mientras le decía en tono cariñoso : “a tu “coco” yo y otra gente lo llamamos chaqueta”, y ambas, cogidas de la mano, se dirigieron a la sala de donde habían salido. Por el camino, tras deslizarse por una rambla con su silla de ruedas a la misma velocidad endiablada que el primer día, Avelino García venía hacia ellas: “Señorita, ¿Qué tal le va? Veo que hoy se ha cambiado de color de pelo”. A Cristina la observación le hizo mucha gracia. Avelino, satisfecho por hacerla reír, haciendo gala de su aire de galán de toda la vida, las acompañó muy amablemente durante todo el trayecto que quedaba hasta llegar a la gran sala. Allí se encontraban otras educadoras. Cristina les contó el reciente descubrimiento que había hecho. La expresión “Coco, coco” en aquel universo significaba chaqueta. Tras narrarles todos los avatares por los que tuvo que pasar para hacer tal descubrimiento, las otras compañeras le dijeron que había tenido una gran paciencia, paciencia que a ellas desgraciadamente, por el desgaste de la rutina, se les había agotado.

4ºDÍA

Llegó el cuarto día y otros casos más a resolver. Mientras atendía a los enfermos en sus diversas necesidades, vio entrar a un joven ángel desvalido. Un David de Miguel Ángel sobre un pedestal de tragedia. Vestido de piel inmaculada, desprendía de su rostro una belleza empañada. Sus rasgos de figura griega un accidente de tráfico en un día lluvioso los difuminó hasta convertirlos en una expresión deficiente. Iba anunciando con su cuerpo desnudo la debilidad de la condición humana. La fragilidad de la belleza en este mundo. El brutal destino que a menudo se ceba con la inmaculada pureza. Ana, ante los mórbidos rayos de luz que despedían los cabellos y los ojos del joven, se sintió de nuevo desvalida e imaginó como una jauría de lobos la rodeaban, amenazándola con sus fauces depredadoras. Tuvo que apartar la vista y sus ojos se toparon con otro joven. Éste, que tenía un aspecto físico más común, al ver que dirigía su mirada hacia él ,se le acercó como pudo, arrastrando una de sus piernas. Con una inmensa sonrisa abrió su redonda boca que, como una enorme pecera de colores, dejaba escurrir las palabras resbaladizas: “ “¡Atobú, playa! ¡Atobú, playa!” “¿Pero quieres ir hoy a la playa con la chupa que está cayendo?”. Le respondió Cristina ,acompañando su réplica con una

gran carcajada. “¡Atobú, playa! ¡Atobú, playa!” Volvió a insistirle. Entonces ella, ni corta ni perezosa, le cogió la mano y se lo llevó a una de las terrazas de la residencia, donde a lo lejos se podía entrever el paseo marítimo. La lluvia caía fuertemente sobre ellos, empapándolos como dos peces que revivían de nuevo. Y Cristina y Miguel, que así se llamaba el joven, hicieron un corro y empezaron a bailar bajo las gotas de agua que caían, mezclándose con sus luminosas carcajadas.

5ºDÍA

Era la hora de la comida del quinto día. A Ana le había tocado en suerte atender una mesa de cuatro comensales. Avelino García era uno de ellos. Sin duda, se encontraba radiante ante la presencia de Cristina. Comenzó a colocar de nuevo de forma milimétrica sus cubiertos, mientras Cristina estaba pendiente de Marta. Ése era su nombre. Marta, la mujer que nunca quería sentarse a la mesa a comer. Y Ana comenzó a darle de comer y ésta, como hacía siempre con el resto de educadoras, protestaba, escupiendo la comida. Cristina desvió la atención de Marta para atender un momento a Avelino, que había dejado caer uno de sus medidas cucharas cerca de ella para que ésta la cogiera. Sin duda alguna, los celos de Avelino crecían por momentos. Al dar la cuchara a Avelino, las manos de Ana rozaron una de las mejillas de Marta y ésta pasó del gesto uraño a uno extrañamente complaciente. Marta mendigó con sus ojos una nueva caricia. El rayo de

luz enseguida captó su necesidad y comenzó a acariciarla. Marta reía y reía, y Cristina le iba dando con paciencia una caricia tras cada cucharada. Ni que decir que Marta se lo comió todo en cinco minutos, los cinco minutos más agónicos de la vida de Avelino García, que ,lleno de ansiedad ,colocaba y volvía a colocar milimétricamente el plato, el vaso y las cucharas en el sitio que la divina neurosis había dispuesto. Cristina oyó una sonrisa entre dientes. ¡Dios mío! Se había olvidado de Jorgito, que no sólo se comía sus sonrisas, sino la comida del que siempre tenía a su izquierda, dejando sin tocar la suya. ¿Cómo hacer comer al pillín de Jorgito sin que éste condenase al ala de su izquierda a una situación de perpetua hambruna? Pues bien, tuvo una gran idea. Colocó a Marta, la mujer que había comido por una vez en su vida toda la comida sin escupirla, a la izquierda de Jorgito y al pobre comensal que estaba en vías de ser condenado a una existencia tercermundista donde estaba Marta. A Marta le sirvió un gran plato de puré de hortalizas; Ese día tocaba verdura. Y le dijo : “Marta, cómetelo todo por una vez en tu vida sin escupir la comida y ¡que a nadie se le ocurra comer la comida de Marta!” Cristina dio la vuelta e hizo que tenía que ir a por alguna cosa. Marta vio el plato y se quedó ante él más inapetente que nunca porque no quería verduras que sabían agrias sin caricias y porque, entre otras razones de peso, nunca mejor dicho, ya había comido. Cristina estaba de espaldas a la mesa en el fondo de la sala y oía a Jorgito comerse sus sonrisas. Cuando dejó de percibir esas sonrisillas

nerviosas se dio la vuelta y vio la boca de Jorgito manchada de verde huerta , mientras no quedaba ni rastro de las frescas hortalizas en el plato de Marta. Aquel día llegó a casa experimentando la sensación de un gran triunfo: había rescatado de una hambruna tercermundista a tres de los cuatro comensales. ¿Y Avelino?..... De repente se acordó de él con gran preocupación. Y se dio cuenta apesadumbrada de que Avelino García se había ido de la mesa cabizbajo sin comer ni una sola cucharada con su mal de amores a otra parte.

6ºDIA

Eran las doce del mediodía del día sexto. Juan permanecía ensimismado, esbozando una sonrisa de Monalisa, mirando a su bebé. Cristina cogió el bebé de plástico para limpiar la mesa y lo dejó boca arriba. Ansiosamente Juan volvió a poner su bebé boca abajo. El rayo de luz se dio cuenta de la presencia de un misterio . Juan seguía ido con su sonrisa enigmática que despedía una sensación de escalofrío. Cristina abrió una ventana para que se ventilase la sala y Juan rápidamente se levantó corriendo para volver a cerrarla. La hora de la comida se aproximaba y Cristina cogió a Juan de la mano para llevarlo al comedor. Con una de sus manos, éste cogía a su bebe, como una niña a su peluche, y con la otra iba cerrando todas las puertas y ventanas que quedaban abiertas por el camino. A Ana esta actitud le provocó aún una mayor intriga . Mientras los enfermos comían, Cristina se dirigió en un momento libre a la sala de expedientes y buscó el de Juan.

Fue cuando descubrió que hasta ir a parar allí había estado interno la mayor parte de su vida en el antiguo Hospital Siquiátrico. Allí, en las noches del Hospital, Juan acompañaba a un enfermero que cerraba todas las puertas, luces y ventanas que permanecían abiertas de las unidades antes de que todos se acostaran para finalmente acabar en una sala donde había recién nacidos de las enfermas parturientas. Tras finalizar la comida, Cristina volvió a coger a Juan y lo llevó a su sala. Éste puso de nuevo a su bebé de plástico boca abajo, no sin antes rozarlo con su cara y darle un beso. La sonrisa misteriosa y escalofriante volvió a ensimismarse de nuevo ante su niño de plástico.

Cuando se aproximaron las tres de la tarde, Cristina entró en la sala y despidió a todos con un beso, pero, a diferencia de las jornadas anteriores, les dijo con gran emoción que ese sería su último día de trabajo, pues el período de sustitución había terminado. Avelino García, al oír la confesión, se cayó con su silla de ruedas en lo más profundo del pozo del desamor. Cristina regresaba por la carretera a su lugar de residencia, dejando atrás, como los coches a los que adelantaba, las vivencias que conformaban el universo creado en aquellos seis días.

El reloj de la sala se había parado a las tres en punto. En ella se respiraba una atmósfera falta de luz. Todos permanecían más estáticos que nunca. La imagen congelada ni siquiera era rota por la acostumbrada velocidad de la silla de Avelino García, que se había agotado. Avelino, en su esquina

acostumbrada, permanecía hundido, agazapado bajo una manta escocesa de cuadros rojos .De repente Avelino salió con su silla a su acostumbrada velocidad endiablada y se situó en medio de la gran sala, rompiendo el estatismo del cuadro y una pequeña orquestina comenzó a tocar : “¡Vip, vip!” ,“¡Coco, coco!” , “¡Atobú, playa!” , “¡Coco,coco!” , “¡Atobú, playa!” , “¡Vip, vip!” . Avelino, con aires de político en plena campaña electoral, comenzó su mitín: “ Queridos compañeros y compañeras (pronunciando estas palabras para hacer gala de su sensibilidad en el uso del lenguaje en lo que a la igualdad de sexos se refiere) en nombre de la luz protesto contra esta decisión burocrática por la cual la educadora Ana Cristina nunca más volverá a compartir nuestros días. Por lo que apelo a todas las compañeras y compañeros a que no permitan que se tolere esta situación ignominiosa. Dicho esto, propongo la iniciativas de tomar las mediadas oportunas en cuanto al ámbito de la praxis se refiere para que la señorita Ana Cristina se reincorpore a nuestras vidas”. “¡Vip, vip!” ,” “¡Vip, vip!” “¡coco,coco!” , “¡Atobú, playa!” , “¡Atobú, playa!” , sonaron como aplausos de aprobación al discurso del nuevo líder naciente . “¡Permanezcan en sus asientos! ¡Dentro de una hora volveré!” , agregó Avelino, mientras se volvieron a oír las mismas voces de aprobación que ,dicho sea de paso, eran las mismas que servían para expresar situaciones de protesta. A las cuatro en punto Avelino García entró por la puerta con un gran plano de la ciudad encima de sus rodillas y en el centro de la sala les dijo: “ Me he introducido con el

mayor de los sigilos en el despacho de la dirección y he revuelto papeles y más papeles hasta encontrar los datos personales de la señorita Ana Cristina”. Avelino alzó el mapa y señaló con el dedo la altura en la que se ubicaba la dirección de su amor platónico. Todos unieron sus blancas miradas en la dirección de su rayo de luz. “Propongo- continuó Avelino- ir en busca de la señorita Ana Cristina con la intención de hacerle saber cuán importante es en nuestras vidas. Para ello- dijo con aire subversivo- tendremos que secuestrar un autobús”. De repente se oyó: “¡Atobú, playa!”, “¡Atobú, playa!”. Era Miguel que con gran alegría pensaba que ese día, aunque fuese de puro invierno, por fin iba a ver cumplido su gran sueño de ir a la playa. “ Y como hace frío, tendremos que salir con chaqueta”. “¡Coco, coco!”, “¡Coco, coco!” se le oyó decir en una clara admisión de la sugerencia a Sandrita, que así se llamaba la muchacha que vivía en un universo donde la palabra “coco, coco” significaba chaqueta y que gracias a Cristina había descubierto que a las “cocos” hay gente rara que también las llama chaquetas. “A continuación - prosiguió Avelino- tendremos que salir con el mayor de los sigilos de la residencia, procurando dejar todas las puertas cerradas a nuestro paso para que nadie se de cuenta de nuestra huida”. Entonces Juan por primera vez en su vida miró con su sonrisa de Monalisa a Avelino ,en vez de a su bebé de plástico. Y por último, cuando secuestremos el autobús que nos llevará a la casa de la señorita Ana Cristina, necesito dos operarios que me ayuden a pisar el freno y el

acelerador, así como a cambiar las marchas. Entonces se oyó “¡Vip, vip!” como expresión de asentimiento y el ala izquierda de Jorgito a la hora de la comida, aquel que éste estuvo casi a punto de condenarlo a una situación de perpetua hambruna, de no haber sido por la gran idea de Cristina, asintió con la cabeza, pensando que no le importaría ahora pasarse al ala derecha de Avelino García durante el trayecto. Estimó que un cambio de ideología no podría ser considerado como una traición dado que derecha- izquierda, izquierda- derecha eran lo mismo en los tiempos que corren. Dicho esto, el líder y sus seguidores comenzaron la operación. Esperaron a que anocheciera y entonces Sandrita los condujo a la sala donde había un gran armario de ropa aguardándolos. Empezaron a ponerse prendas de abrigo para protegerse del frío que les esperaba ahí fuera. Con gran precaución todos en fila india y cogidos de la mano, formando una serpiente, cuya cabeza cuadrada eran Avelino con su silla, se deslizaron por las numerosas salas de la residencia. Juan iba en la punta de la cola cerrando con su sonrisa enigmática todas las puertas. Una vez fuera, se dirigieron a la parada de autobús más próxima, que era la primera de su recorrido. Un autobús azul metálico permanecía estacionado en dicha parada. Al volante del mismo estaba un joven que tenía un pendiente en la nariz. El conductor había aprovechado la soledad en la espera de pasajeros que raramente aparecían, ya que era una avanzada noche de puro invierno, para entregarse al paraíso artificial que le proporcionaba una rara sustancia. La cola se

deshizo, formando un abanico delante de la puerta. El conductor, medio flotando, abrió las puertas del enorme vehículo con forma de oruga. Fue entonces cuando Sandrita vio la preciosa chaqueta azul de su uniforme. Fascinada por lo que ella pensaba que era la “coco” más hermosa que jamás había visto, subió al autobús de forma precipitada y cogió al conductor por la solapa, gritando: ¡coco, coco!, ¡ coco, coco! El joven alternativo sintió con expresión de asombro precipitarse hacia él una enorme nebulosa humana de cerca de un metro noventa y ochenta y cinco quilos de peso, pues esas eran las exuberantes medidas de Sandrita. El gran forcejeo entre el conductor y Sandrita los llevó hacia la parte central del autobús, momento que aprovechó Avelino García para coger el volante. Con gran diligencia, Avelino daba órdenes al equipo de conducción: “¡Acelera!”- “¡Vip, vip!””, respondía Fernando, el joven que se comunicaba de forma tan cibernética.- “¡Frena!”- “¡Vip, vip!””, volvía a responder Fernando como señal de haber cumplido la orden. “¡tercera!” ordenaba con un grito Avelino, llevado por la premura de la operación. Y el tráfugo político, con la conciencia tranquila que le proporcionaba el refranero español, máximo compendio de la sabiduría popular, en su expresión : “ tanto monta, monta tanto”, cumplía su orden con una gran y metódica concentración. Mientras tanto se oía al pillín de Jorgito comerse sus sonrisillas nerviosas. El espectáculo que estaba presenciando era , sin duda alguna, más divertido que el de robar la comida de los demás. En

medio de los tumbos que daba el autobús, Jorgito, sentado en uno de los asientos, miraba entre desbordantes risitas, que intentaba ahora contener además con sus puños, el forcejeo protagonizado por Sandrita y el conductor. Ésta zarandeaba al joven enclenque en su intento de apropiarse de su chaqueta por arriba contra el techo luminoso , por abajo contra el suelo de goma y de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, enroscándose en el vaivén las piernas del conductor, flexibles como chicles, como un muelle por las barandillas de apoyo, mientras éste, lejos de estar sufriendo la experiencia más traumática de su vida, experimentaba un raro y nuevo placer, manifestado en su conmovedora expresión beatífica. Por fin el autobús, tras ir dando patinazos por toda la ciudad, llegó a su destino. Avelino García, ayudado por sus seguidores, descendió del mismo y se puso a la cabeza de una procesión cerrada por el aún no cesante forcejeo de Sandrita y el conductor. Una vez encontrado el portal de su amor platónico, todos, dispuestos en abanico delante del mismo, comenzaron a entonar un rap: “¡Vip, Vip!”, “¡Vip, Vip!”, “Cristina, Cristina”, “¡Coco!, “mujer de aguas cristalinas”, “¡ Atobú!, ¡ playa!”, “¡Atobú, playa!” , “ queremos que con tu inmensa luz”, “¡Vip, Vip!” “¡ Vip, Vip!”, “ nos llenes el agua de nuestras piscinas”. Ésta era la última frase con la que finalizó la voz de Avelino tal composición en la que Sandrita y el conductor se marcaron un alegre baile con su incesante forcejeo al ritmo de la música. Las luces de las casas de la manzana comenzaron a

encenderse como luciérnagas alarmadas. Algunos vecinos salían a las ventanas dando voces de protesta. Avelino esperaba angustiado contemplar algún resplandor proveniente del cuarto piso y por fin se hizo la luz. Cristina salió a la ventana, no dando crédito a lo que sucedía, y Avelino, al verla, hizo una seña de que comenzasen de nuevo el rap. Y un gran milagro se produjo. Todos, como movidos por un mismo espíritu, comenzaron a cantar al unísono: ¡ Cristina, Cristina, mujer de aguas cristalinas, queremos que con tu inmensa luz nos llenes el agua de nuestras piscinas! Ante tal declaración una gran sonrisa iluminó el rostro de ésta y, ni corta ni perezosa, salió a la calle con su pijama de rayas. Fue entonces cuando Avelino García, en medio del rap, que de nuevo empezó a sonar, y del vocerío de los vecinos, que crecía por momentos , sacó de su manga, como un mago de su chistera, un hermoso ramo de flores, teñidas de color encarnado, por su creciente sonrojo, y se lo entregó a Cristina. Avelino cerró los ojos, pues presintió que ,como en las grandes películas hollywoodienses, la gran odisea tendría que finalizar con un gran beso de su amada. Nada más lejos de la realidad, pues el sonido creciente de una sirena de policía interrumpió la romántica escena. Los agentes acabaron llevando con sus coches de luces de discoteca a todos a comisaría, camino que fue amenizado por el eterno forcejeo de Sandrita y el conductor que , pese al intento de contención de los agentes, seguía sin cesar para desesperación de éstos.

DÍA 7ª

El día comenzó con aspecto de resaca. Todos ,ya en la residencia, se levantaron con aspecto de haber sufrido un alucinante pesadilla. Avelino permanecía en su silla cabizbajo y meditabundo, pensando en que ya nunca volvería a ver a su gran amor platónico, pues la operación a todas luces había resultado un fracaso. El resto complementaban un cuadro estático, formado con su desilusión. La gran sala, más que nunca, permanecía impregnada de una neblina oscura, tan densa como los sentimientos de tristeza de sus moradores. El chirriar de la puerta anunció una entrada. Todos con mirada de una recobrada esperanza dirigieron sus miradas hacia la misma. Y una inmensa luz llenó sus corazones. Era la generosa presencia de Cristina, que volvía a sus vidas en forma de sorpresa inesperada. Avelino García con sus aires de galán de toda la vida se acercó a ésta con su silla, ahora lentamente, y le dijo con un tono de cierta autosuficiencia: “Hola , señorita. Veo que esta vez se ha vuelto a cambiar el color de pelo”. Y a Cristina se le escapó una sonrisa de complacencia. Acto seguido, Avelino salió de la sala ,como quien no quiere la cosa , y se acercó a un gran espejo que había en el pasillo. Avelino, sin duda alguna, no conocedor de los motivos burocráticos por los que la señorita Ana Cristina se volvió a

incorporar al trabajo, se miró al espejo con aires de seductor y pensó que al final ninguna mujer se le acababa resistiendo. Cristina salió de la sala y contempló al bueno de Avelino en su expresión más seductora. Una gran sonrisa estaba apunto de nacer en sus labios cuando por la puerta de la residencia vieron entrar a un hombre. El sujeto en cuestión era el conductor del autobús que, al reconocer las caras de la noche anterior, comprobó que había llegado a su lugar de destino. Estaba a la búsqueda de una tal Sandrita en la que, sin duda alguna, había encontrado ese “nuevo y extraño placer” inesperado que algunos a veces por una gracia del destino se encuentran en una de las paradas del monótono transcurrir de sus vidas.